

PRIMERA PARTE

«Los efectos del amor o de la ternura son fugaces,
pero los del error, los de un solo error, no se acaban
nunca, como una carnívora enfermedad sin remedio».

ANTONIO MUÑOZ MOLINA, *Beltenebros*

1

Una voz enlatada anunció por megafonía que nuestra próxima parada era la estación de Madrid-Puerta de Atocha. Bajé la maleta al pasillo rápidamente. Me habían avisado de que mamá estaba peor, aunque los médicos no encontraban la causa. Sorteé a los viajeros que estiraban las piernas en el pasillo hasta alcanzar la puerta del vagón.

En realidad, no tenía prisa. Incluso había estado dudando de si iba o no a Madrid, porque podía tratarse de otra crisis de salud, otra de tantas que ya había tenido mi madre en los últimos tiempos. Aunque, si era sincera, sobre todo había dudado por si era justo lo contrario: temía tener una conversación con ella que fuese la última y, por tanto, definitiva e irreparable.

Camino de la parada de taxis, pensaba que era bien extraño que hubiese recaído, porque le querían dar el alta pronto. Habíamos hablado hacía apenas cuarenta y ocho horas e intenté alegrarme con ella de su vuelta a casa, pero me contestó con sequedad: «Ya veremos». Como si hubiese sabido que iba a empeorar. O como si tuviese sus propios planes.

Hospital de La Paz, le dije al taxista sin acordarme de saludarlo. El taxi echó a andar tan lentamente que parecía que hubiese adivinado mi pereza.

Afuera se amontonaba el bullicio de un viernes a la hora de la sobremesa en las avenidas de Madrid. Me distraje con los dibujos de las luces de Navidad —que el Ayuntamiento aún no había retirado— y poco después paramos en la puerta. Allí mismo me estaba esperando mi hermano, Toni, sentado en una jardinera.

Se acercó para ayudarme con la maleta y lo besé. Yo ya sabía que habían pasado a mamá a la UVI para que estuviese más vigilada. Llegaba tan ajetreada que, al entrar en el vestíbulo del hospital, me chocó el olor a antisépticos que lo inundaba, pero no me molestó. Mi hermano aprovechó mi llegada para ir a la cafetería a tomar un bocado. Esperé al ascensor y subí a la séptima planta.

El pasillo estaba apenas iluminado por una luz mortecina. A cambio, tenía unos grandes ventanales que recortaban unos nubarrones tremendos sobre la calle casi desierta, con la excepción de una pareja sentada en un banco. La vista me recordaba a alguna pintura de Hopper, no sabía cuál, pero sí por qué: su desolación.

Detrás del cristal, había unas cortinas que preservaban la intimidad del paciente crítico. Estaban abiertas. Contemplé a mi madre desde fuera. Dormía recostada de lado, con su pelo blanco revuelto. Había adelgazado visiblemente en esas apenas tres semanas que habían pasado desde las fiestas.

Dejé el bolso en el suelo y pensé en lo que le diría si estuviese muy muy grave, si ese fuese nuestro último minuto juntas. Me oí balbucear: «Mamá, no te vayas ahora. Tenemos que hablar, me enteré de lo que te pasó...».

Sequé mi aliento del cristal con la manga del abrigo, como para borrar esas palabras. Entonces me di cuenta de que, cuando despertase, me iba a costar mucho poner las cartas sobre la mesa.

Toni se quedó de guardia y me mandó para casa. Dijo que descansase del viaje y volviese temprano para sustituirlo.

Cuando salí del metro, estaba nevando. Yo no llevaba paraguas, pero el trayecto era corto. Por fortuna, a esa hora ya no estaba el portero de la finca y no tuve que someterme a una charla diplomática.

Abrí la puerta del piso de mi madre esperando encontrarla en la cocina, como tantas otras veces. El piso conservaba su olor característico, a pesar de llevar bastantes días deshabitado. Lo cierto era que a esas horas habría oído a la pescadilla que ella estaría enharinando y friendo. Casi siempre comía lo mismo para cenar, como Hanna —la protagonista de *La vida secreta de las palabras*, una víctima de la guerra de Yugoslavia—.

Aparqué la maleta en un rincón del recibidor y entré en la cocina para servirme un vaso de agua del grifo. El delantal de mi madre, impecable, colgaba detrás de la puerta. El almanaque mostraba el mes anterior. Al lado, el calendario de las tomas de sus medicamentos: medio Sintrom, un Seguril, tres cuartos de Digoxina... Pensé que aguantar era su razón de existir más poderosa.

Me dejé caer en el sofá beis de chenilla del salón. Me fijé en el teléfono rojo de mi madre, aún tenía un aparato de aquellos con dial. No era de extrañar que no usase móvil, porque solo hablar por ese fijo ya le generaba inseguridad. O eso creía yo, que la ponía nerviosa.

En cuanto descolgaba el auricular, respondía siempre con un «Diga» imperioso, sin alargar la a. Entonaba esa palabra, que cualquiera pronuncia como una invitación, con aspereza, incómoda por tener que atender la llamada. Y hablaba lo mínimo necesario para aclarar lo que fuese imprescindible, como si no encontrase una justificación para perder esos minutos.

Entre nosotras tampoco había una fluidez mayor. Nuestra escueta conversación no solía desviarse de un guion que

releíamos una vez y otra. Ella me explicaba su última visita médica en actitud de sufrida resignación. Yo le relataba mis quebraderos de cabeza como psicóloga en Secundaria en un instituto, mientras el silencio al otro lado de la línea me devolvía su imagen con los labios apretados y la mirada distraída. En algo coincidíamos: cada una deslegitimaba el descontento de la otra y lo atribuía a la exageración de una niña caprichosa. De una malcriada.

Esa acababa siendo toda nuestra interacción, una llamada a la semana, que se había convertido en un cómodo sustituto del encuentro, hasta que este se hacía ineludible. A mí, que vivía en Valencia, a casi cuatrocientos kilómetros, la lejanía me iba como anillo al dedo. La distancia se había convertido en un hábitat seguro, en mi líquido amniótico.

Me sentía un poco culpable por haberme ido del hospital, aunque Toni hubiese insistido. Me levantaría temprano para reemplazar a mi hermano y que descansase. Lo mejor era que deshiciese la maleta y me fuese a dormir. La arrastré desde la entrada y la llevé a la habitación pequeña, que normalmente ocupaba mi madre cuando la visitábamos mi marido, Javier, y yo.

Me senté a los pies de la cama y abrí el primer cajón del armario para guardar mi ropa. Vi una tela de color blanco roto. Era mi vestido de comunión. Pero no podía ser. Estaba completamente arrugado, hecho un harapo encima del traje de marinerito de Toni perfectamente planchado. Lo saqué del cajón y lo sacudí. Ni siquiera tenía forro, mi madre lo habría usado en cualquier blusa que cosiera, para cualquier vecina. Seguro. No lo entendía. Yo le había pedido que me lo guardase tal como estaba y ella no respetó ese deseo. Pero, además, lo habría lavado quién sabe cuántos años haría y no lo planchó. ¿Por qué hizo eso, si ella jamás guardaba una pieza de ropa arrugada? Quizá no tuvo ganas de almidonarlo, pero podía haberlo planchado de todas formas. Lo que ocurría, casi con seguridad, era que ese vestido me representaba a mí, a una hija desagradecida, descastada.

SEGUNDA PARTE

«La soledad fue el primer sabor que había probado
en mi vida, y seguía allí, escondido en las
hendiduras de mi boca, siempre presente».

ELIZABETH STROUT, *Me llamo Lucy Barton*

1

No era, ni mucho menos, así cuando yo tenía cuatro años. Corría la década de los sesenta y mi familia vivía en una sola habitación con derecho a cocina. Era lo máximo que nos podíamos permitir durante el tiempo que durase la obra del pantano a la que habían destinado a mi padre.

En aquel patio yo era el juguete de las vecinas, una cría espigada de ojos verdes y cabello dorado. Todas me pellizcaban y besuqueaban, a pesar de la aprensión de mi padre, que me tenía entre algodones y no le hacía ni pizca de gracia que «me pegaran las babas» —como él decía—. Pero él solo chasqueaba la lengua, incapaz de negarle a nadie un achuchón...

Recordaba como en una nebulosa que la habitación estaba en el primer piso de esa casa de vecinos antigua. Había una veranda que rodeaba el patio interior, al que daba la puerta principal de cada vivienda, o de la única estancia.

Era como si recordase una película, tanto había cambiado nuestra vida. Pero sí, aquellos eran mis padres. Ellos no habían dudado en trasladarse desde su barrio en Córdoba —a cientos de kilómetros—, porque tampoco tenían muchas opciones y porque eran una pareja más entre las docenas de ellas que emigraban en aquella década. Mi madre, de hecho, había nacido en Asturias.

Ese día los rayos del sol se estampaban en el suelo del patio y rebotaban, achicharrantes. Mi madre sacó el cubo lleno de agua, y con la mano derecha fue repartiendo pequeños charcos hasta que todo el suelo estuvo remojado para que la frescura aliviase el bochorno. Ella estaba guapísima, a pesar de que había sacrificado su preciosa melena en aras de la eficiencia, como muchas mujeres. Lo hacían para poder entregarse en cuerpo y alma a las interminables tareas de casa.

Le pedí una perra chica para chucherías. Con la moneda bien apretada en el puño bajé unas docenas de metros por la carretera, mal asfaltada y llena de baches, por la que solo pasaba algún coche familiar los fines de semana. Olía a hierba recién segada y yo caminaba jugando torpemente a la teja, saltando y empujándola con la suela de la sandalia, sintiéndome mayor con cada acierto. Así casi todo el camino, con esa sensación que tenemos en la infancia de que el tiempo es eterno y el espacio, infinito.

Llegué a la única tienda del pueblo. La cortina de la puerta centelleaba con la luz que se colaba entre los eslabones de las tirillas de aluminio, la misma luz cegadora que bañaba el monasterio unos pasos más allá. El monasterio tenía una portalada imponente y una escalinata en forma de lengua larguísima, presta a recoger de un lametazo la fuentequilla redonda de la plaza para engullirla en cuanto llegaran las horas muertas de la siesta y no quedase un alma en la calle.

La visita al ultramarinos era siempre algo especial; de repente, se abría todo un universo delante de mí. El olor a rafia golpeaba mi olfato, las sardinas brillantes parecían radios de una rueda de camión, todas apretadas alrededor de la bota. Las ñoras colgaban en racimos, y por encima revoloteaba con un insistente zumbido alguna mosca que había conseguido burlar la cortina. El color rojo del pimentón dulce me robaba la mirada —que saltaba de un objeto a otro—, y yo dudaba de si esas grandes piezas con forma de pescado eran algo comestible.

—Hola, mi niña, ¿qué quieres?

La figura de la tendera me asustó un poco cuando apareció detrás del mostrador, envuelta en aquella oscuridad deliberada que ahuyentaba el calor y los insectos. Llevaba el luto perenne de muchas aldeanas, solo animado por un delantal gris. Le pedí media libra de pipas de girasol, que eran mi debilidad y la de mi madre.

Mientras ella armaba un cartucho con papel de periódico, yo contenía la tentación de hundir la mano entre los garbanzos a granel. La mujer hincó la pala en el saco de las pipas, llenó el paquete y lo pesó en la báscula. Las pesas me ensimismaban, más cuanto más pequeñas, porque se asemejaban a la lecherita de mi cocina de juguete. La mujer retiró un puñado de pipas.

—¿Cuánto es?

Y sin esperar la respuesta le entregué la moneda y me di media vuelta.

Salí de la tienda de retorno a casa, y subí bien arrimada por el lado derecho. Al otro lado empezaba el barranco, como un enorme tobogán del que solo me resguardaba un muro bajo de pizarra y un fino alambre que unía un palo aquí y otro allá. Al fondo corría el río y mi madre me tenía dicho que nunca, por nada del mundo, me acercara a ese lado de la carretera.

Llegué al patio comunitario. Yo sabía que mi madre estaba embarazada, porque una vecina me había enseñado esa palabra y me había explicado que tendría un hermanito, pero era un secreto. A menudo se quejaba de fatiga, así que yo le quería dar una sorpresa. Me cobijé en un rincón a la sombra, bajo el balcón corrido con barandas de madera. Me senté sobre los adoquines y me eché unas cuantas pipas en la falda de mi babi a cuadros azules y blancos, para pelarlas al fresco. Había aprendido a abrirlas con los dientes y sacaba las semillas con los dedos. Las iba dejando en uno de mis bolsillos y guardaba las cáscaras en el otro.

Cuando hube pelado un buen montón, me sacudí la sal de las manos, cerré el cartucho medio lleno, lo escondí detrás de una gran maceta de hortensias de color lila y fui a buscar a mi madre. En las horas en que el calor apretaba ella solía tomarse un descanso de los quehaceres de la casa, y en ese momento estaba contemplando el viejo puente desde su mecedora.

—Mira qué te he preparado, mamaíta, para que no te canses. —Las pipas me rebosaban y se me caían de las manos. Mi madre me miró radiante.

—¿Pero qué es esto? ¿Me has comprado pipas? ¿Y las has pelado tú solita?

—Sí, porque no puedes comer sal.

Me abrazó fugazmente y juntó las palmas para recogerlas.

—¡Ay, mi Anita! ¡Hay que ver qué niña más bonita tengo!

Corrí a por el cucurucho y me subí al regazo de mamá, dispuestas las dos a disfrutar con aquel manjar. Me puse a pelar más pipas, y de vez en cuando parábamos de comer y le enseñaba la lengua a mi madre, roja del escozor que empezaba a provocarme la sal, y nos daba la risa. Entonces mi madre cantó el estribillo de una de sus coplas:

—*Ni se compra ni se vende. El cariño verdadero...*

—Tú también, Anita: *El...*

—... *cariño verdadero, el cariño verdadero ni se compra ni se vende.*